

An aerial, sepia-toned photograph of a city in ruins. In the center-left, a large, multi-tiered stone structure, possibly a church or monument, stands amidst a sea of rubble. A wide, dusty road curves through the scene. In the lower-left, a military jeep is parked. Two figures are walking away from the viewer on the road. The background shows the skeletal remains of several multi-story buildings. The overall atmosphere is one of desolation and the aftermath of conflict.

Uwe Timm

ICARIA

AdN Alianza de Novelas

Índice

La partida

La misión

La casa del lago

El anciano

Día 1

Indagaciones

Día 2

La villa Kaulbach

Día 3

Molly

Día 4

PX

Día 5

El hombre del adorno de gamuza

Día 6

Linderhof

Día 7

Hamburgo, Eppendorfer Weg 97

Día 8

La lancha motora

Día 9

La Estrella de Bronce

Día 10

El piquituerto

Día 11

Traslado del archivo

Día 12

Observación del enemigo

Día 13

Going home

Día 14

La última visita

Cuervos

Apéndice 1

Apéndice 2

Agradecimientos

Bibliografía

Créditos

A Dagmar

Un científico no debería tener
deseos ni afectos;
solo un corazón de piedra.

CHARLES DARWIN

Es mortal sustituir al viejo Dios
por un mundo ilustre que experimenta
un constante y loable progreso.

GUSTAV LANDAUER

Eritis sicut Deus, scientes bonum et malum.

Está vivo.
Soy testigo.
Ha sobrevivido.

Caminaba por la calle y reía y gritaba y bailaba, con un baile algo torpe, pero un baile al fin y al cabo, y aplaudía. Nadie lo había visto jamás. Como caído del cielo. Era rechoncho y tartamudeaba. Recorría la calle pasando por delante de los escombros del edificio de la esquina, de la fachada gris de la que colgaban sábanas blancas, de la lechería, de la zapatería, de la pescadería Grün; se cruzó con Adolf Andersen, que aquel día de primavera no llevaba el uniforme marrón ni las botas relucientes, sino que iba vestido de un verde discreto, verde, verde, verde, como en la canción infantil; tampoco levantaba el brazo, como aún hacía ayer, no gritaba «*heil*», no, se agarraba el sombrero, saludaba con una amabilidad exagerada a derecha e izquierda, se detuvo desconcertado cuando el chico torpe se le acercó de frente con una sonrisa y le tendió aquella mano de dedos cortos que Andersen estrechó sorprendido y abochornado; el joven siguió su camino profiriendo extraños ruidos guturales, sin dolor, sino más bien gozo, quizá ambos, gritos de gozo doloroso. De la boca, que parecía demasiado pequeña para esa lengua, le brotaban palabras: Las nubes solo pueden significar una cosa, el árbol es otro y gime. ¿O Himmler?

No, gime.

El joven volvió a aplaudir, efectivamente, bailaba, un baile desmañado, se lo veía seguir un ritmo lento con las manos, se acercó a un árbol, el único que seguía en pie, que

había resistido a las bombas, los incendios y las sierras en invierno, un castaño de hojas como pequeñas zarpas. El chico se apretó contra el tronco, palpó la corteza y su boca emitió un sonido gutural. Corrió por la calle agitando los brazos como si quisiera volar, profiriendo gritos roncros y siguiendo a los cuervos mientras imitaba sus graznidos.

Tres o cuatro meses después, cuando ya se había habituado a lo que debía ser la normalidad, los niños comenzaron a molestarlo. No lo entendían. Él levantaba un puño amenazador. Pero incluso cuando lograba atrapar a uno de ellos, no le pegaba, sino que se limitaba a decir: «¡A dormir!». Y también: «¡Callandito!».

¿Por qué dormir?

El niño dice: Yo era el más joven y fui quien más tiempo estuvo de su parte. Era un misterio verlo intentar apartar las nubes con una escoba.

Cuando yo también comencé a burlarme de él, madre me preguntó: ¿Por qué lo haces?

Porque es raro.

No, no es raro, ni malo. Los niños pueden tener maldad. Él no. No hace daño a nadie. Siempre será un poco niño.

Así fue más o menos la conversación. Y transcurrió acompañada de un sentimiento de vergüenza por haber traicionado a alguien para caer en gracia a otros.

Sus padres lo habían escondido en el piso durante doce años.

Una casa de alquiler, ocho inquilinos, cuarta planta, un ático. Allí vivían dos adultos y un niño. El niño no salía de casa. Había que repartirse lo previsto para dos adultos en la cartilla de racionamiento: mantequilla, pan, queso, verdura y patatas. Si apenas era suficiente para dos, cómo iba a bastar para tres. Y el chico comía mucho, tenía hambre,

hambre constante; igual que la madre, tanta como un buitre; igual que el padre, que de vez en cuando traía algo del trabajo, zanahorias, un poco de repollo, un pedazo de jabón y, muy rara vez, miel. Un compañero del padre en la oficina de aguas tenía dos colmenas en el jardín. Sabía lo del chico y su escondite. Los días de miel eran un festival.

¿Sabían algo los demás inquilinos? Quizá alguno que otro, puede que los que vivían debajo, porque aunque los de arriba anduvieran en calcetines, debían de oír que había más de dos personas allí. No los delataron. Él era un poco diferente. Lo habrían matado.

Guardaron silencio.

¿Habrían guardado silencio si se hubiera tratado de una familia judía?

El horror, lo innombrable.

Debe nombrarse.

Las ruinas. En verano los caminos atravesaban los montículos de escombros. Senderos trillados. Por allí rondaba el asesino de los escombros. Las cenizas, los restos de huesos lo cubrían todo. Polvo de ladrillo. Humus. Verde exuberante, lupinos y cardos, también tusilago. Nubecillas de mariposas blancas se elevaban de las hondonadas. Los mayores decían que nunca habían visto tantas mariposas como en el verano de 1945. Que eran parásitos. Se comían la col, que además escaseaba, con una voracidad insaciable. Los niños las perseguían, las golpeaban con finas varas de mimbre, caían al suelo con las alas hechas trizas.

Éramos los salvadores. Matábamos a los parásitos.

En sueños volaba. Era muy fácil. Con solo extender los brazos ya me elevaba por los aires. Debajo quedaban casas, calles, árboles, el profesor Blumenthal, al que le crecían pe-

los de las orejas y de los agujeros de la nariz, y más allá un ciclista que se tambaleaba, amenazaba con caerse y, finalmente, daba en el suelo. Volar era un placer. Esperaba ansioso la hora de acostarme. Esperaba ansioso el momento de quedarme dormido.

Mi recuerdo: Karlchen masticaba. Un movimiento constante, la mandíbula moliendo lentamente. Como si se masticara la lengua. La sonrisa le ensanchaba el rostro.

Mi recuerdo: el jeep, un coche tan sencillo y de funciones tan reconocibles, las ruedas desnudas, el volante, el cambio de marchas, la esfera metálica visible sobre el eje trasero, el neumático de recambio detrás, en el costado opuesto una pala, el parabrisas podía plegarse, no tenía puertas, los soldados se subían de un salto, cuando llovía se extendía una cubierta sobre dos arcos.

Los soldados de ocupación británicos también conducían jeeps, pero el que apareció en julio en el Eppendorfer Weg tenía una estrella en el capó, y delante se sentaba un oficial americano de uniforme caqui almidonado con una raya marcada en el pantalón, eso se me quedó grabado. Fumaba. El chófer, que no era negro pese a que más adelante se vería que muchos lo eran, repartía láminas de chicle. Un fin en sí mismo: solo sabor, un juego de niños, y masticar, el movimiento de la cara, como de molienda, calmaba el cuerpo. El coche olía a goma, a gasolina, un olor que me acompaña desde entonces y representa el recuerdo lejano de lo distinto, de lo nuevo.

Lo sorprendente era que el hombre de uniforme nos entendía, hablaba alemán. Preguntó cómo nos llamábamos. Los niños dieron sus nombres, también su edad. Karlchen, que era mucho más atrevido o puede que simplemente más curioso, tocó el metal, los neumáticos, el espejo; sus dedos, algo torpes, acabaron alcanzando también con cautela el uniforme del oficial. Este le preguntó: ¿Cómo te lla-

mas? Y Karlchen respondió: Karlchen. Tuvo que repetir su nombre, y también la pregunta: ¿El coche saltar?

El oficial se echó a reír. No.

El chófer le regaló a Karlchen una laminilla envuelta en papel de plata, y cuando el chico se la quiso llevar a la boca, el oficial se la quitó, desenvolvió el chicle y se lo dio. Karlchen comenzó a masticar y a aplaudir.

La partida

La espuma sobre las olas. En el barco hay un joven con un cometido. Se llama Michael Hansen, en honor al ángel que los alemanes consideran suyo. Fue su padre quien escogió el nombre. Hansen es un joven bastante normal, no llama la atención. Es alto y las mujeres dicen que es guapo. Su manera de caminar, erguido, revela que practica deporte, sus movimientos son tranquilos, enérgicos. Sabe escuchar, toda una virtud. También suele preguntar. Muchas características positivas pero nada que destaque.

El joven está junto a la barandilla con un compañero y observa el mar, este Atlántico cubierto que se funde con el cielo. Aguzan la mirada, al igual que el vigía en el puente. Buscan a los lobos grises. Un periscopio, un tubo de buceo, el rastro de burbujas de un torpedo. No hay lobos a la vista. Ya se les está dando caza con radares, aviones, cargas de profundidad. El barco, un transporte de tropas gris oscuro que antes había sido una nave de pasajeros de color blanco reluciente, es más rápido que cualquiera de esos lobos.

El joven es uno de los elegidos.

¿Por qué él?

Habla alemán y tiene permiso de conducir.

¿Y elegido por quién?

Por la División de Guerra Psicológica. PWD por sus siglas en inglés. Pero él todavía no lo sabe.

Se había alistado voluntariamente siete meses atrás y lo habían asignado a la compañía de transmisiones, que se dis-

tinguía por las dos banderas cruzadas en los botones del uniforme. Recibió una mochila A y una mochila B, que debían atarse con una correa y un mosquetón y llevarse al hombro. Completó la formación básica, aprendió a hacer la cama y con ello las triquiñuelas del orden: la manta debía estar tan tensa que si el instructor lanzaba una moneda de veinticinco céntimos, esta rebotara. Aprendió a avanzar cuerpo a tierra sosteniendo la carabina en las manos, a mantener el equilibrio sobre vigas, a arrastrarse por debajo de alambre de espino, a escalar paredes de tablones, a mantener el equilibrio una vez más, a correr por el bosque. Seguía bien el ritmo, había jugado al baloncesto y al tenis en la Universidad de Washington. Aprendió a disparar con la carabina. Y con sus buenas evaluaciones lo destinaron a la formación de oficiales, donde aprendió táctica y a transmitir mensajes que debían ser rápidos, concisos y breves, decisivos en todas las batallas, como decía el coronel de la Escuela de Transmisiones. Incluso los soldados más valientes se movían a tientas si recibían órdenes a destiempo o imprecisas. El detalle de los botones provenía de un tiempo en que las órdenes se transmitían con banderines de una montaña a otra. Ahora había morse, teléfono, radio. También se codificaba. Y se descifrabán los mensajes por radio del enemigo. Reconocimiento. Análisis de la fuerza, de los planes de ataque, de la moral entre las tropas enemigas.

Ustedes son el cerebro y los nervios de nuestro ejército, decía el coronel. Los demás, infantería, artillería, blindados, son los músculos, los tendones, los huesos.

O mejor aún, ustedes son los ángeles que transmiten todos los mensajes. Pero que también lo ven todo. Y lo oyen todo. Tienen al enemigo vigilado. No solo dónde se han situado qué tropas, sino también ¿qué piensan? ¿Qué quieren? ¿Cómo están de moral?

Hansen prestó el juramento de oficial medio año después y fue nombrado teniente segundo. Lo que se conocía como un *six month wonder*, «un milagro en seis meses». Podía ser movilizadado a luchar contra los alemanes, los *kartoffel*, los nazis. Era estadounidense, aunque había nacido en Alemania, nadie le preguntó qué sentía al pensar en combatir allí, aparte del miedo a resultar herido o incluso a morir.

Había discutido con sus padres en su casa de Ringwood, cerca de Nueva York. ¿Por qué había tenido que alistarse justo después de acabar el máster? Lo habrían llamado a filas, pero habrían encontrado la manera de mantenerlo en la reserva. Sin embargo él lo había querido así. El miedo de la madre, que decía que la guerra era un disparate. Lo decía en alemán, y seguía: Te preocupas por tus hijos, los crías con todo el cuidado, todo el esfuerzo, y llegan los de arriba, los envían a la guerra y los matan a tiros. El padre también estaba en contra, pero por un motivo distinto. Él, que hacía años que había adoptado la nacionalidad estadounidense y había renunciado a la alemana, decía que no se lucha contra tu país natal, contra parientes de sangre.

Hansen se había vestido en un almacén, se había puesto un uniforme que le quedaba justo, de corte y calidad distintos a lo que habría llevado como soldado raso; ahora vestía una chaqueta verde oscura con botones brillantes, pantalón rosado, camisa, corbatín, gorra con el águila dorada, una estrecha cinta de latón en la hombrera. Un uniforme ligero y práctico.

Conoció a Catherine tres meses antes de marcharse a Europa, cuando faltaba poco para Navidad, en el tren. Una ventisca había paralizado el tráfico en Nueva York.

Le habían concedido un fin de semana largo de vacaciones. Cuando el tren se puso en marcha, comenzaba a nevar, y cuando entraron en Grand Central Terminal, se había desatado una tormenta de nieve. Los autobuses, los taxis y los trenes de cercanías ya no circulaban. Él y la joven que se había sentado junto a él al otro lado del pasillo y con la que había charlado un poco se encontraban ahora bajo la cúpula del vestíbulo, ante aquel reloj establecido como punto de encuentro. Allí debía recogerla su amigo. Hansen le había dado un par de monedas para el teléfono y los padres de su amigo le habían dicho que sí había salido, pero que había llamado desde la carretera porque se había quedado atascado.

Hansen se había acercado con ella a un pequeño bar situado enfrente de la estación, donde aún quedaban dos sillas libres junto a una mesa coja de metal. Se apretaron entre los demás viajeros que se habían quedado tirados. El vaho de la ropa húmeda había empañado los cristales. De vez en cuando se veían pasar lentamente los faros de algún coche. Bebieron cerveza, ella insistió en compartir el último sándwich que quedaba, y tuvieron tiempo de contarse sus vidas. Entretanto ella había ido levantándose, le había pedido más monedas y había llamado por teléfono. Él la observaba hablar por el auricular junto a la barra, sacudir la cabeza, aquella tupida melena castaña oscura con reflejos rojizos. Pantalones grises de suave caída, un grueso jersey de ochos de color claro bajo el que se intuían sus pechos. Regresó, dijo que había dado el nombre del bar por si Horace volvía a llamar. El nombre, Horace. ¿Su nombre? Catherine. Estaban allí sentados, en aquel bar atestado, más cerca el uno del otro de lo que habría sido habitual entre dos conocidos tan recientes. Cuando la joven se reía, él sentía el cuerpo femenino contra su brazo. Y se reía a menudo. La conversación pasó del inglés al alemán. Hansen le había preguntado a qué se dedicaba. Estudiaba antropología en Columbia, pero se ganaba la vida dando clases de idiomas,

alemán, sobre todo a militares que se marchaban a Europa. ¿Su familia era alemana? No, era francesa, pero en casa hablaban alemán. Venía de Alsacia. Cuatro años atrás, poco después de que Francia se rindiera y los alemanes la ocuparan, su padre la había enviado a través de España a casa de un tío en Estados Unidos. Una medida de precaución ya que era imposible saber cuándo acabaría la guerra. De hecho, tras la capitulación, el Reich alemán se había anexionado Alsacia. Su familia había tenido que adoptar la nacionalidad alemana. Pero a ella la habían puesto a salvo. En el caso de su hermano no había sido posible, ya que había combatido en el ejército francés y tras la derrota había acabado en un campo de prisioneros de Prusia Oriental. Y más adelante, debido a su nueva nacionalidad, la Wehrmacht lo había llamado a filas.

Qué época esta. Menudo caos. Espero que siga vivo. Espero que sigan vivos. Llevaba tres meses sin noticias de sus padres.

Obedeciendo a un impulso, él le apoyó la mano en el brazo y dijo: Lo bueno de las malas noticias es que solemos recibirlas antes.

Ella lo miró. Y él añadió: Si lo sabré yo. Pertenezco al regimiento de Transmisiones. Le ofreció un cigarrillo a la joven, que insistió en que solo fumaba los días de fiesta. Y así permanecieron un rato sentados juntos, fumando, en un silencio cómplice.

Tras dos horas largas, la puerta del bar volvió a abrirse y entró un hombre joven vestido con una trenca marrón y cubierto de nieve. *Hello*, dijo, abrazó a Catherine, le tendió la mano a Hansen, la estrechó con fuerza y Hansen también apretó con firmeza; más tarde ese breve enfrentamiento le resultaría algo embarazoso. Se preguntó si el otro también lo habría sentido así. Este es Horace, dijo ella; él repitió: *Hello*, y después avisó de que no tenían tiempo, no podía sentarse, no había sitio, pero, sobre todo, tenía el coche mal aparcado, tenían que marcharse enseguida. Ella quiso